

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL



Lea usted todos los sábados

Alrededor del Mundo

Los Contemporaneos

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

30 cts



MARGARITA
ASTRAY
REGUERA

ECVDERO
X XV

PASIÓN DE MORO



ALMORRANAS

POMADA ANEMA-SMITH

internas o externas,
grietas, etc. Curación
radical infalible con
INDICADA TAMBIEN PARA
LAS SEÑORAS QUE SUFREN

DE EXTREMIENNO. ¡Ultimo adelanto de la ciencia médica!
¡Millares de curaciones! Basta un solo tubo. No lo dude usted.
5 pesetas caja. Centros de Específicos. Farmacias. MADRID,
Gayoso; E. Durán; Pérez Martín; Henar Garrido; BARCE-
LONA, Segalá; Alsina; ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA,
Cuesta; Goróstegui; MURCIA, Seiquer; GRANADA, OCAÑA; VIGO, Carras-
cal; BILBAO, Barandiarán; MALAGA, F. Saval Moris; MALLORCA, "Centro
Farmacéutico".—HABANA, Sarrá; BARRANQUILLA, Acosta Madiedo; MA-
NAGUA, Guerrero; CARACAS, Daboín; MANILA, P. Pellicer, 24 Divisoria;
PUERTO RICO, José Combas Peyork. Para convencimientos éxitos remite
nuestra gratis, Pousarxer, Apartado 481, Barcelona Remítase caja certifi-
cada contra pesetas 5,50.

ESTE LIBRO SE DISTRIBUYE GRATIS

¿Deseáis poseer este extraño y misterioso poder, que encanta y fascina a los hombres y a las mujeres. Infiere en sus pensamientos, dirige sus deseos y os hace dueños de cualquier situación? La vida está llena de seducción para los que dominan los secretos de la influencia hipnótica y para los que desarrollan su poder magnético. Podéis aprender vosotros mismos a curar las enfermedades y corregir los vicios sin medicina alguna, ganar la amistad y el amor de los demás, aumentar vuestros recursos, satisfacer vuestras ambiciones, rechazar los fastidios y las penas de vuestro corazón, acrecentar la memoria, vencer los apuros de la vida y fortalecer el espíritu magnético que os permitira salvar todos los obstáculos en beneficio de vuestros intereses.



Podéis imponer vuestra influencia instantáneamente, con la prontitud del rayo, a las demás personas, adormecerlos o adormecer a otros a cualquier hora del día o de la noche, suprimir los dolores y sufrimientos. Nuestro libro, *La Filosofía de la Influencia Personal* explica detenidamente el medio de adquirir este poder y la manera de utilizarlo ventajosamente en la vida. Esta aprobado por el Clero, los magistrados, los médicos y los hombres de negocios, aun por las personalidades mundanas femeninas. Es útil a todos y no cuesta nada: lo distribuimos gratis para dar a conocer al público nuestra Institución. Escribid hoy mismo pidiéndolo al SAGE INSTITUTE (Dep 68 DE) Rue de l'Isly, 9, París (Francia). Includiendo si lo deseáis, algunos sellos de correo de vuestro país para ayudar en los gastos de porte y de expedición. El franqueo de una carta para Francia es de 40 centimos.



PECHOS CIRCASIANAS, Doctor Brun.

¡82 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco. Madrid, Gayoso; Valencia, Cuesta; Zaragoza, Jordán; Murcia, Seiquer; Habana, Sarrá; Caracas, Daboín; Managua, Guerrero; Barranquilla, Acosta-Madiedo; Puerto Rico, Combas Peyork.—Mandando 6'50 ptas. sellos a Pousarxer, Viladomat, 104, Apartado 481, Barcelona, remítase reservadamente certificado
DESCONFIAD DE IMITACIONES



SOMBREROS

—: REFORMO :—

LIMPIO :—: TIÑO

Valverde, 3.

Los Contemporáneos

Año XVII.—Núm. 879
26 NOVIEMBRE 1925

DIRECTOR: MARIANO GRACIA

PASION DE MORO

(NOVELA INÉDITA)

—... Hermana, hermanita, tenga la bondad de dejarme pasar.

—No puede ser; ha terminado ya la hora de la visita, y en este santo Asilo no se permite ver a los enfermos después de las cuatro; otro día, otro día será...

—Por caridad; por Dios; por la hermosa misión que usted, hermanita mía, ejerce en la tierra, permítame abrazar a mi pobrecita madre; será, acaso, la última vez que la estreche contra mi pecho...

—Lo siento...; la Comunidad no infringe el Reglamento...; tenga paciencia, por Dios; otro día será; tenga paciencia.

—Paciencia... —suspiró Claudia,

alejándose, mientras la puerta del jardín clausuraba, al cerrarse, su última esperanza.

Aun la acompañó unos instantes el tintineo de la campanilla, que vibraba en su corazón como martillazos de dolor...

—Paciencia... —volvió a repetir, maquinalmente.

Encaminó sus pasos a lo largo de una verja de hierro que cercaba el severo edificio de la Santa Adoración.

Claudia Sanchidrián, perdida la mirada en el vacío, contraídos los labios en un gesto de decepción, sufría... Pero, ¿acaso no estaba habituada su alma al dolor?

Desde niña habíase acostumbrado a

47/1729811

mirar la vida tal y como se presentaba a su paso: desprovista de bienestar, sin más alegrías y afectos que los compartidos con su madre, en la que depositó todas sus ternuras.

No tenía amigas. Llegadas a Madrid las dos mujeres, de Santurce, donde había transcurrido apacible la niñez de Claudia, habíanse instalado en un pisito modesto, un interior de la calle de Fuencarral, hacia el final. Allí habían pasado algunos años muy reclusas, viviendo con mucha economía de los ahorros que la viuda, durante su vida de matrimonio, había procurado para los días de desamparo y estrechez. Claudia contribuía con sus ocho horas de trabajo al presupuesto del hogar; empleada en el despacho de una fábrica de perfumes del Paseo de Santa María de la Cabeza, cobraba el fruto de su labor el sábado, y contenta, con esa alegría íntima que el dinero ganado honradamente proporciona, corría al lado de la anciana para entregárselo, a la vez que sus labios la besaban y, con una caricia, le decía:

—Tome usted, madre. Con qué gusto le traería a usted más, tan enferma como está; pero hay tantas que solicitan trabajo que aun debemos dar gracias a Dios...

—Verdad, hija; verdad es que los tiempos son malos, y nosotras no somos de las más desamparadas...; paciencia...

Y la anciana suspiraba, añadiendo: —¡Ah! Si tu padre viera cómo trabajas... ¡Qué buena eres, Claudia!

Y los días, los meses, sucedíanse sin variación, sin incidentes... Tan só-

lo la salud de la viuda del capataz debilitábase muy lentamente, sin otra compañía, durante las horas de ausencia de la joven, que el trino armonioso del canario, junto a la ventana florida de geranios.

Había llegado el año de sumando 13, fatal año en que la muerte violenta del presidente del Consejo había abierto una sima honda en la vida política del país, terrible año que amputó el brazo reivindicador de la corte de los famélicos..., y la espada que desde el Ministerio de Atocha defendía al pueblo hambriento cayó, entre la algazara de los logreros, acaparadores y "junkers", que nuevamente se agruparon en organizaciones omnipotentes para empobrecer la raza...

La familia que hasta entonces vivía con economía hubo de trazarse un plan de privaciones...

Y una de las primeras en sufrir del marasmo imperante de caridad fué la familia Sanchidrián. Agotados los últimos recursos, agravada la enfermedad de la madre, no hubo otro recurso mas que decidirse por fin a la separación.

Y empezó para Claudia un ajetreto continuo de correrías de un confín a otro de Madrid, en demanda de una miaja de caridad para la paciente... En este hospital no había cama disponible; en aquél quedaba un lecho de "distinguida", y el pago había de efectuarse por quincenas adelantadas...

Con mano temblorosa oprimió el timbre...

Después de larga espera, y ante la

inútil insistencia de sus llamadas, temerosa, atrevióse a empujar la puerta, que cedió... Caminó al azar a lo largo de un dédalo de corredores claustrales...

Al fin, un ordenanza le salió al paso.

—¿Qué quiere?—refunfuñó.

—Me haría usted el favor...

—No es hora de visita; venga usted mañana, de diez a doce.

Toda la sangre indómita, aletargada por la adversidad cotidiana, bulló repentinamente en sus venas, y, ya altanera, ordenó:

—Introduzcame a la madre superiora.

—Perdone la señorita—repuso humildemente el de la blusa—; a la madre superiora no puede vérsela ahora; pero, si le es lo mismo, avisaré a sor Gertrudis.

—Sea—dijo secamente Claudia.

No tardó en comparecer la hermana.

—¿Qué desea?—inquirió, arrastrando las sílabas.

* * *

Claudia tenía razón al presentir aquella tarde, con esa intuición de almas gemelas que compartieron alegrías y lágrimas, el deseo del abrazo postrero.

Al alborar del siguiente día, acom-

—Un poco de caridad, hermana... Mi buena madre, falta de cuidados, empeora de día en día...

—Y ¿qué tiene?

—Una debilidad extrema, acompañada de una tos persistente, penosa.

—¿Y su edad?

—Cincuenta y nueve años, hermana.

—¡Oh! Cuánto lo siento. Este es un caso que no interesa a los señores médicos... Crea usted que lo siento.

Claudia quedó anonadada, y, vacilante, ganó la calle.

Dos días después la madre de Claudia era trasladada al Asilo de la Santa Adoración, gracias a la recomendación del director de la poderosa industria perfumera, a quien supo conmover con el relato de sus tribulaciones.

La separación fué dolorosa, pues si la llama del amor iluminó siempre su modesto hogar, nunca hubieran creído que fuesen tan unidas sus vidas...

pañada de su Dios y de la hermana de Caridad, expiraba en su lecho de blancas cortinas la viuda de Sanchidrián...

Claudia era huérfana de todo cariño...

Al encontrarse tan sola, replegó su dolor en lo más íntimo de su corazón. Las compañeras de su trabajo monótono prodigáronle sinceras palabras de consuelo y resignación; mas pronto volvieron, insensiblemente, a sus risas juveniles, que sonaban dentro de su alma como un dolor más; y por las noches, al recluirse en su hogar deshecho, sin calor de afectos, la asaltaba una congoja que ni las lágrimas podían calmar.

Esta desesperanza que el sufrimiento callado, la soledad y la negrura de sus pensamientos agrandaban día tras día, se reconcentraba en su mirada, que se hacía fija y penetrante—síntoma de una próxima locura—, cuando un suceso inesperado vino a violentar su aletargamiento.

Un día, en la fábrica, una transmisión levantó en vilo a uno de los operarios y, al dejarle caer sobre un saliente cortante de la máquina, le produjo una herida incisa, por la que manaba abundante la sangre.

La confusión de los primeros momentos fué indescriptible. Todas las muchachas corrían de un lado a otro, sin acertar a prestar auxilio al infeliz obrero que se desangraba.

Sólo ella, Claudia Sanchidrián, avanzó resuelta hacia el herido y, atenta únicamente a la primera cura, alzó su falda, rasgó febrilmente un trozo de su enagua blanca y, a modo de compresa, detuvo la hemorragia.

Este suceso fué para ella como una luz que iluminara su vida con resplandores de vocación verdadera, y desde aquel día ya no dudó; no tuvo ni un momento de reposo hasta conseguir una plaza de enfermera que acercase su dolor al sufrimiento ajeno.

Necesitaba arrancar vidas en flor a la muerte... Una inquietud le decía interiormente que su misión estaba en los hospitales de sangre, donde la intervención quirúrgica ha menester de ayudas rápidas, eficaces gracias a la prontitud, sangre fría y energía.

...Y un día esplendoroso de junio, bajo el sol malagueño, embarcaba para Melilla sor Claudia, el rostro transfigurado por la excelsa misión que le impulsaba a la noble tarea de ser útil a la Patria y a la Humanidad...

* * *

—Me ahogo...; agua; agua, por misericordia...

La hermana acercó a los labios del

herido la cantimplora que pendía de su cuello. Después, con esa habilidad que da una práctica inteligente, ad-

quirida en las salas de operaciones, Claudia restañó la sangre que fluía lenta, pero constantemente, de la boca de la herida. Tal vez el doctor Jimeno hubiérale reprochado el fondo de sensibilidad que guió sus manos piadosas a atender primero al deseo del sediento antes que a su cura...; mas, ¿qué alma de mujer es capaz de oír un gemido implorante sin suavizar el dolor con el bálsamo de un alivio inmediato?... Por lo demás, sabía ella que, en una altitud de cinco metros sobre el nivel del mar, la sangría se desliza suave, sin apresuramientos fatales, por la presión atmosférica que taponaa, en cierto modo, la horrible brecha...

Con gran dulzura fué incorporando al legionario, enlazándole por la espalda. El reconocimiento fué breve; la bala había penetrado debajo de la tercera costilla, en busca del órgano vital, destrozando tejidos, y, cual una “dum-dum”, había explotado dentro del pecho. No apreciaban sus manos sedosas el orificio de salida. Buscó instintivamente el crucifijo, ese símbolo de perdón, otorgado por Cristo expirante a la Humanidad pecadora; ese emblema de paz promotor de mejor vida; ese símbolo que perpetúa el sacrificio que, veinte siglos ha, ensangrentó la loma trágica del Gólgota.

Unos instantes, con intensidad y arrobamiento místicos, sor Claudia se miró en el espejo de su fe, espejo mudable que renovaba cada mes la madre superiora, como si un secreto temor la advirtiera del peligro que

encierra el afecto a las cosas en las almas apasionadas...

Después aproximó la dolorosa faz muy cerca del agonizante.

El tuvo un gesto esquivo, de indiferencia, y una sonrisa incrédula asomó a sus labios exangües.

—Hermana: Me muero; mi anhelo se cumple. Busqué la muerte, y llega como consuelo supremo a mi desdichada. Voy a morir...; lo presiento, y quiero hacerle una confesión...

—Confiemos en que Dios hará un milagro, y usted se salvará y volverá a la vida...

—¿Para qué sin “ella”?

El extranjero hizo un esfuerzo, llevóse la mano al corazón y, apoyando la cabeza en el regazo de caridad de sor Claudia, continuó penosamente:

—Me llamo Mauricio Decamp; pertenezco al Tercio. A España vine con mi venerable y santa madre, hace cinco años, huyendo de “ella”, el amor fatal que llenó mi vida.

Entornó los ojos, y, como si pretendiese evocar la imagen lejana, hizo una corta pausa.

—Mucho la amé—articuló débilmente, mientras sus ojos por instantes se vidriaban y su voz adquiría el matiz gutural, característico del parisino—; la amé porque era bella... y creí que era buena... Desde mi infancia jugó, cruel, con este corazón que sólo supo adorarla a “ella”...

Hubo una pausa.

—¡Madre! ¿Por qué busqué la muerte? ¿Por qué te abandoné?... ¡Ah! El amor era más fuerte que el olvido... y me atenzaba, a pesar de las distancias y del tiempo... Per-

*

dón, *ma mère*, perdón... ¡Agua!... Me ahogó, hermana... ¡Agua!...

Y prosiguió dificultosamente:

—...Falta algo... Mi madrecita vive en Madrid... Véala usted..., calle Argensola, 35... Madame Decamp... Pídale perdón por mí... Y ahora yo... a mi vez... te perdono, Em... ma.

Sus labios se movieron, pero sin poder ya proferir palabra alguna. Un brillo repentino, febril, animó sus ojos, en los que se leía una súplica, que la abnegada hermana interpretó como el deseo postrero de morir cristiana-mente.

—¿Quiere besar a Nuestro Señor?

Y, uniendo la acción a la palabra, inclinóse sobre él hasta rozar sus tocacas la frente fría del moribundo...

Sor Claudia cerróle los ojos, cruzóle las manos, y, de rodillas, fijos los ojos en el crucifijo, oró fervorosamente y largamente:

—Gracias, mi Jesús, por haber permitido que una de vuestras ovejas extraviadas haya vuelto al redil...

Transfigurada por la oración, incorporóse la sierva de Dios, y tal era su ensimismamiento, que no se había dado cuenta de la proximidad de un grupo de moros en patrulla de rapiña que merodeaba en derredor suyo. No tardaron en divisarla, y como energúmenos corrieron hacia ella, poblado el llano con desaforados gritos de júbilo.

La religiosa no se movió. Impávida, esperaba el peligro. ¿No tenía, acaso, la íntima satisfacción del deber cumplido?

El primero en llegar hasta ella fué

un moro, de tez terrosa, cara enjuta, alargada por la barba negra en punta y ángulo facial hundido. Sus pupilas claras, vivaces, chispeaban en las órbitas profundas, y una luminaria siniestra de lujuria se encendía y apagaba con alternativas de faro móvil. De estatura más alta que la común en su raza, adivinábase en él al jefe, al caid, tanto por su porte, ademanes, como por su chilaba, de tejido menos basto que la de sus acólitos, aunque era parda como todas.

—Bella es la cristiana... Ser mía... Bella es como un lucero del fejer (1). ¡Al Asmai—gritó—, Kensal, Abu, a mí: que nadie *maltreche* a esa *mujera*...! Ser mía.

Los tres interpelados acudieron prestrosos, deshaciéndose en zalemas.

—¡Pronto, a la Alcazaba esa cristiana...!

Los otros rifeños se habían dispersado por el campo como aves de mal agüero y despojaban con destreza, avidéz y saña a los cadáveres de todo **cuanto tenía algún valor, por mezquino** que fuese.

Poco después se reunieron todos alrededor de Mohamed Abd-el-Mulek Ben Hikem y emprendieron la marcha de regreso al más próximo aduar, que se encontraba en una vertiente del famoso Gurugú, dominando la carretera y ferrocarril de Melilla a Nador.

Sor Claudia dejóse conducir sin la menor resistencia. Sus manos de santita, blancas y delicadas, eran oprimidas por burdas cuerdas de cáñamo, so-

(1) Amanecer.

metiéndola a un dolor continuo que la entumecía por falta de circulación de la sangre.

Un cabileño se separó de pronto del grupo y corrió hacia el cadáver del legionario; pero sor Claudia, dándose cuenta de su intento de profanación, gritó, dando una inflexión de mando a su voz:

—¡Detente!

Y dirigiéndose en tono altanero a Mohamed, ordenó:

—¡Lo quiero! ¡Quiero que se respete ese hombre!

—Obedecer a cristiana... Vamos, mi bella...

* * *

Quince días de cautiverio no habían conseguido aplacar la mirada fiera de Claudia.

Nadie hubiera reconocido en ella a la dulce hermana de Caridad, de ojos glaucos, indefinidos, bañados siempre en rocío... No; resurgía en ella toda la recia energía de su raza nortaña, de esa raza vasca de hierro que no cesa en su empeño, y esta transformación era muy explicable: habían visto tantos horrores sus ojos, que todo su ser se irguió en desprecio... Tan sólo por la noche aplacábase su tensión nerviosa y lloraba silenciosamente, y era para ella la hora infinita, placentera y cruel, de las remembranzas, fija la vaga mirada en el llano accidentado de Alhucemas, que se espejaba en el espejo de satélite. Recordaba el arribo a Melilla, a fines de junio; el hospi-

tal militar, la primera operación a la que prestó su concurso, las efusivas felicitaciones del doctor Jimeno, que ocultaba debajo de su brusquedad de empaque militar un corazón sensible; un eco despertaba aún en ella la voz angustiada de aquel levantino del 68 de Africa, que, en trance de muerte, llamaba a gritos, con una impaciencia creciente, a su madre:

—Madre... madre mía... mi madrecita...—repetía incesantemente, rechazando medicamentos, enfureciéndose con el doctor, apartándola a ella... Y más tangible aún que todos estos recuerdos, destacaba aquel día en que presentóse en el hospital aquel moro cetrino, esquelético, que acudía en demanda de la ciencia de los cristianos para salvar a su mujer, no por el afecto que hacia ella sentía, sino porque, muy pobre, no podía

comprarse otra; y, muerta aquélla, ¿a quién iba a enganchar con el mulo al arado?

—Mucho mala de mal—repetía, como para convencer.

El doctor Jimeno se negó terminantemente a seguirle.

Al día siguiente se personó un morito casi desnudo, que no pronunciaba una palabra de español. El intérprete explicó que era hijo de Bufar, un moro del Gurugú; su madre se había agravado y venía mandado por su padre. Sor Claudia se conmovió y suplicó al doctor fuese a la jaima; hizo más..., se brindó a acompañarle en su obra de caridad por si necesitara de algún auxiliar. Aceptó, y, después de vencida la oposición de la madre superiora, aprovecharon un auto militar que les dejó en un recodo de la carretera de Nador, donde les esperaban el morito y dos soldados que habían de darles escolta. Ascendieron lentamente al paso tardío de dos mulos que Bufar había mandado para facilitarles el acceso al poblado moruno. Escarpado era el camino, si se puede dar nombre de tal a una senda mal trazada que conducía al lugar. A mano derecha tenían el barranco del Lobo, siniestro, donde hacía doce años murió la juventud hispana estérilmente. Detrás, el Atalayón, con sus amenazadoras bocas de fuego; al oriente, la ciudad blanca de Nador, bañados aquellos dos baluartes de la conquista por las mansas aguas de Mar Chica... Más allá, una banda de tierra amarillenta, con reflejos áureos, señalaba el pre-horizonte... Era la Restinga. Y a lo

lejos, perdidos ya en el *mare nostrum*, divisaron, tal vez con los prismáticos, unos puntitos más oscuros diseminados en la sábana azul... Eran las diminutas islas Chafarinas.

Mas el sol abrasador, cegador, anodante, no animaba a contemplaciones panorámicas, y continuaron la marcha cansina hasta llegar, por camino pedregoso, a las estribaciones del Gurugú. El niño paróse en seco, y extendiendo el brazo, señaló una humilde jaima circundada de altas chumberas. Hacia ella se dirigieron; mas al penetrar en la huerta, surgieron dos indígenas:

—Cristianos no entrar casa moro—vociferaron a una voz.

Y tuvieron que hacer la cura a la enferma a pleno sol, introduciendo en el tumor las trocas. Sacó el doctor una cánula de plata de su estuche, y la situó pegada casi a la tibia, produciendo una exaceración pasajera de dolor en la paciente. Sor Claudia sujetaba con firmes manos las muñecas de la infeliz; mas no bastaban sus fuerzas, y entre el doctor y ella tuvieron que atarla para que se quedara en completa inmovilidad.

Tres horas después terminaron la operación, y al despedirse de Bufar, prometiendo volver dentro de algunos días, éste exclamó:

—Ir por Melilla, no llegar... Cabillas hacer guerra... Mujera quedar aquí—añadió, señalando a sor Claudia.

No hicieron caso y emprendieron el camino del retorno. Pero de pronto tuvieron que hacer alto. Una bala había silbado cerca, muy cerca del gru-

po. El doctor se mostró tranquilo, y, cubriendo con su cuerpo a sor Claudia, dió rápidas órdenes a los dos soldados. Desplegados en tiradores, los rifeños se acercaban, aprovechando cualquier accidente del terreno, y hubo que pensar en la retirada.

Un grito de dolor dejóse oír, y Juan, uno de los soldados, cayó mortalmente herido. El doctor y sor Claudia se

precipitaron hacia él para auxiliarle; pero una bala certera, alcanzando a Jimeno en la muñeca derecha, le invalidó.

—Ni un momento más. Huya usted, sor Claudia—dijo con esfuerzo sobrehumano el doctor—. Estamos perdidos.

* * *

Con una claridad dolorosa recordaba sor Claudia aquel día trágico del 22 de julio. Todavía resonaban en sus oídos el fuego de fusilería de los moros y las detonaciones breves de la *browning* del doctor. Y después, un silencio absoluto, vanguardia de la muerte. Entonces huyó, arañándose las manos en los zarzales de la cuesta, llena de horror al contemplar por cortos instantes la faz lívida de esos tres hombres que tuvieron en jaque a docena y media de sublevados durante casi una hora... Y llegó a la choza de Bufar, deshecha, presa de un ataque nervioso... Después se sobrepuso, y a los cinco días, Bufar la condujo hasta muy cerca de la plaza, entre con-

tinuas zozobras y peligros incontables.

—Tú estar aquí..., venir tropa de España—dijo Bufar.

Y, en efecto, asomaron por la huerta los chambergos de los del Tercio, sostenidos por los askaris de Ceuta; mas no llegaron hasta ella... El número venció al valor, y poco a poco, ordenados, fueron retirándose, dejando tras de sí una estela de sangre y de ayes desgarradores...

Y fué cuando un gemido tenue le indicó que, no lejos de ella, había un hermano que sufría..., y a él acudió. Era el legionario a cuyo lado hemos encontrado a sor Claudia, auxiliándole con su ciencia y consuelos...

* * *

Aquel día se corrió la pólvora en Axdir, con su acompañamiento de panderos.

Un personaje importante, ungido como caid por los santones, que recorrían la comarca al son de *alhi-ger* (1), había entrado triunfante en el poblado, entre las zalemas de los hijos de Mahoma. Montado en brioso corcel árabe, blanco como la espuma, que tal vez pretendía ser como una evocación de *al-borak* (2), apeóse a la puerta de la morada de Mohamed Abd-el-Mulek Ben Hikem.

Este dió la bienvenida a su ilustre huésped. Pasó al lujoso patio donde una fuente cantarina vertía en melodías cristalinas un dejo amable de poesía. Los dibujos y arabescos que adornaban el patio cuadrado decían de un arte fenecido de lejanos tiempos de califas de Córdoba y Granada, del más bello estilo de la época de los almohades.

Penetró después la comitiva en el comedor, cuyas paredes blanquísimas daban fondo alegre a azulejos de vivísimos colores. Unicamente rompían la vivacidad de los variados tonos los arabescos que, de trecho en trecho, recordaban a los comensales, en breves *suras* (3), la doctrina del hijo de

Alí: "Alá, Alá, il le Alá. ¡Mohamed raisuli le Alá!" (1).

Una mesa muy baja, cubierta de una esterilla de palma, ocupaba el centro de la pieza.

Mahomed invitó al emir a sentarse sobre ricos almohadones, y la ceremonia dió comienzo. El anfitrión había tenido la atención de hacer ostensible el sitio del agasajado, poniendo ante él una escudilla blanca. Un mulato apareció con un jarro, una jofaina y un paño blanco, y todos los presentes hicieron sucesivamente sus abluciones.

El caid tomó un pedacito de *al-haura* (2), y, después de tocar el plato de la sal, se lo presentó al che-rif.

—Que la paz sea contigo—dijo en el más puro árabe, clásico como el griego, y por ende muy superior en belleza al berberisco.

—Que Alá sea magnánimo contigo y te conceda días venturosos en esta bella nación de Alhucemas (3)—contestó el invitado en esa forma poética, tan en uso en los pueblos de origen oriental.

Al decir esto, descubrió un plato,

(1) Alá es el único Dios, y Mahomet es su Profeta.

(2) Pan blanco.

(3) Sabido es que Abd-el-Krim ha erigido en Estado a toda la región donde se acata su autoridad.—(N. de la A.)

tapado por una servilleta de palma: era el tradicional *kuskús* (1). Todos los brazos extendiéronse sobre la mesa, y cada comensal introdujo sus dedos en el manjar, sacando con suma habilidad su pitanza, de la que hicieron una pelotilla sobre el pulgar doblado con el índice extendido.

Otro cucurucho de palma fué levantado, apareciendo una pierna de ternera asada con hierbas aromáticas, y así sucesivamente la glotonería de los reunidos dió rápida cuenta de peces fritos, gallinas y huevos en almíbar, todo rociado con abundantes vasos de canela azucarada.

Al acabar el festín formaron círculo; sacó el más joven de ellos su *sebri*, pipa larga, que, con la flema característica de su raza, empezó a llenar de un tabaco, mezcla del índico y de cáñamo, cogiéndolo de su *gansa* (2), encerrada en la *rabu-la* (3), que, sujeta por un cordón de seda, pendía de su cuello; una vez llena hasta los bordes, la ofreció a su vecino de más edad, que, después de algunas bocanadas, se la devolvió, y pasó la pipa de mano en mano, hasta dar la vuelta completa.

Un sopor, causado tanto por el sofocante calor como por la trabajosa digestión, se apoderó de los moros, y fueron a acostarse en los divanes que,

(1) Plato de resistencia de los moros, que consiste en arroz muy cocido, mezclado con harina de maíz y carne, todo muy sazonado, principalmente con pimienta.

(2) Nuez de coco.

(3) Bolsa de cuero.

a lo largo de las paredes, ofrecían su acogedora mullicie.

Mahomed aprovechó este momento para deslizarse hasta el aposento de la bella cautiva. Al verle entrar, sor Claudia se irguió, y sus ojos adquirieron una expresión de desdén, de frialdad... y él, dominador y maestro en crueldades, temblaba como un niño ante ella. Mahomed amaba a Claudia. Las mejillas, apenas sonrosadas, que animaban aquel rostro, tan nacarado, en el que el dolor había impreso su sello de demacración; su cuerpo admirablemente dibujado bajo el ropaje grueso y severo; su andar sereno, su altivez, producían en el alma del moro un algo nuevo, desconocido: era el sentimiento del amor, que jamás el fiero *bokoia* (1) había sentido. Lo que le impulsaba hacia Claudia era veneración, respeto, como el que nos inspira una imagen que nos alienta en nuestra fe.

—Cristiana, cristiana, tú tener un nombre; dime a mí... Tú estar triste, no quererme y yo amarte mucho... mucho, cristiana.

—Libertad, dame la libertad; déjame huír de aquí, y te perdonare...

—¿Dejar a mí? No, no, mi bella; tú ser mía, de Mahomed, y Mahomed, hijo de los *imanes* (2), estar a tus pies.

Y el musulmán hacía además de tomar las manos de la joven. Mas el

(1) Naturales de Bokoia, la temible, cuya cábila es tenida en gran respeto tanto por su fuerza como por su salvajismo.

(2) Hermanos del Profeta.

(1) Guerra santa.

(2) Yegua simbólica del Profeta. Versículo del Korán.

amor, la sumisión del semita, encontraba siempre, como barrera infranqueable, la voluntad, la mirada gris de acero que le imponía y sugestionaba.

Claudia, con esa fina intuición de mujer, habíase dado perfecta cuenta del poder que su belleza ejercía en aquel hombre, salvaje en sus pasiones, que pedía una migaja de amor que ella no podía concederle.

Presentes estaban en su memoria los cuadros de horror que a su paso por Zeluán vió, al ser conducida hasta Axdir. La Alcazaba superaba la dantesca visión de un infierno sin perdón. Y después, internándose más en el Rif, surgieron episodios aislados. Tendida en medio de la carretera, insepulta, yacía una mujer, cuya próxima maternidad había sido profanada por el arma incisa, cobarde, de un malvado. La piedad inmensa de sor Claudia, sobreponiéndose al horror, la movió a interceder hasta obtener que Mahomed se desprendiese de su turbante, que, desenrollado, sirvió de mortaja a la mártir, cubriendo como un sudario la infamia de crueldad. Y por doquier se presentían el atropello pasional, brutal, el ultraje a todo lo humano y a lo divino, con su séquito de mutilaciones al ser indefenso, al herido, al agonizante y aun hasta a los muertos. Tantas tribulaciones, tantas emociones, tantos rudos golpes a su sensibilidad de mujer, hubieran debido aplacar la indómita energía que la sostenía contra su decaimiento moral y físico; mas la adversidad obraba en ella como un revolucionario, acorazándola contra la

asechanza rastrera, subrepticia, del moro calculista que ansiaba un momento de debilidad de su víctima para ligarla a su capricho... Cada dardo pérfido de Mahomed embotábase ante la invulnerabilidad de sor Claudia, que sentía bullir en sus venas la sangre de las remotas heroínas de su tierra. Desde el Cardenal Cisneros tal vez no había pisado tierra africana nadie tan representativo de su raza como la desventurada sor Claudia... En ella hermanaban esas cualidades que hacen de la mujer hispana la primera entre todas las del planeta: preclara inteligencia, comprensibilidad rápida, energía tamizada por un fondo compasivo, abnegación, fuente de inspiración por su belleza sin par, por su gracilidad, por la armonía de su línea, de los artistas, y sobre todo, esa honra sin tacha, de la que está salpicada la Historia peninsular..., ese patriotismo de la mujer española que tiene su piedra angular en Isabel la Católica; ese patriotismo ciego que inmuta los gritos de dolor de las madres hispanas que, de generación en generación, con fatídica regularidad, ofrendan sus hijos a las guerras intestinas, nacionales, internacionales y colonizadoras. En los dos mundos, en ambos hemisferios, por doquier la planta del hombre pisa, encontrará el viajero una tumba, una piedra de borrosa inscripción, bajo la que duerme su último sueño un compatriota.

...Y Mahomed ufanábase en decir, día tras día:

—España, vencida. Moros enviar granadas Barrio Real... Moros destruir hospital Docker... Españoles su-

frir muchas bajas... Trescientas ayer. Quinientas hoy, combate Tizza...

Así transcurrieron los días interminables, en continua zozobra; mas a través de la impenetrabilidad de los rifeños adivinaba Claudia cierta preocupación. Había divisado en lontananza barcos de gran porte: el majestuoso crucero "Princesa de Asturias", el "Claudio López", que transportaba tropas y más tropas en incesantes viajes. Y adivinaba allende el mar la febril actividad en pos de la revancha. Una indiscreción la puso en autos de la caída del Gurugú en manos de los españoles; de Zeluán y Monte Arruit reconquistadas.

Y Mahomed pasaba las mejores horas del día en una contemplación

muda, que tenía mucho de adoración, de sus manos y su rostro nacarado y rosa.

Aquel día, más atrevido, como impulsado por fiera pasión, cogió aquella cabeza tan delicada entre sus manos nervudas y la obligó a mirarle:

—Mírame, mi bella; levanta los ojos hasta los míos y dime amores que yo no sentí, cristiana; yo adorarte. Manda, ordena; pero mírame...

Y Claudia, impasible, con acento sereno, respondía como un eco:

—¡Jamás! ¡Mátame!

Caía entonces Mahomed postrado ante ella, y sus ojos en éxtasis contemplaban a aquella mujer de hielo, de voluntad de hierro...

* * *

Después de la *jmaa* (1) se apresuraron los mahometanos a los ritos de su religión. Claudia había subido, en compañía de las tres mujeres del harén de Mahomed, a la azotea, y pudo presenciar una escena inolvidable... Allá lejos, casi perdida en los confines del horizonte, una *zaouia* (2) re-

cogía aún la luz anaranjada del *Margreb* (1). La llanura extendía su uniformidad bajo el manto de fuego de la puesta de sol. Un *alharma* (2) ponía en el paisaje una nota nómada con los conos de sus tiendas de campaña, y más cerca, el santuario, de forma cuadrangular, cobijaba el cementerio (3) fantástico, cuyos monumen-

(1) Asamblea de los jefes de familia del poblado.

(2) Poblado grande.

Sol Poniente.

(2) Campamento moro.

(3) En árabe: *rou'd'a*.

tos fúnebres en pico, desordenados, primitivos, adquirirían tonalidades verdiazules.

Los zancudos, blancos, de pechuga cobriza, revoloteaban en derredor de los rumiantes que pacían, y la luz tornadiza del atardecer los vestía de colores cambiantes de un efecto sorprendente. En una hondonada, el *Melláh* (1) pregonaba su miseria ruin, y hasta los reflejos de Febo llegaban allí atenuados, con mezquina parsimonia de azul grisáceo. Se- mejaba en todo al paria de la capital deslumbrante. Todo era silencio en aquella barriada, condenada por el fanatismo a una vida oscura. ¡Cuán diferente aspecto presentaban los barrios altos de la ciudad mora! Un rumor de plegaria subía al infinito, y en las azoteas, en las calles, una muchedumbre de fieles se apiñaba. Previamente, los hijos de Mahoma se ha-

bían desprovisto de sus alquiceles, se habían purificado con abluciones por todo el cuerpo, y arrodillados se inclinaban en reverencias profundas hacia Poniente, desgranando las sartas de cuentas que pendían de su cuello:

—Alá, el Sublime, el Todopoderoso, el Magnánimo.

El *muezzin*, desde el alminar de la mezquita, dirigía la oración con voz estentórea:

—¡Alá, akbar! (1).

Y las cuencas vacías de sus ojos daban una siniestra impresión al cuadro. La luz azul violeta que bañaba la ciudad fué aminorando su intensidad, su vivacidad de colorido, hasta desvanecerse del todo.

Claudia pensó que un pueblo que tal fe tenía en la Divinidad era capaz de tenaz resistencia, y por vez primera tembló.

* * *

Aquella mañana Claudia se había levantado abatida, deshecha; tal era la dolorosa impresión que le había producido un suceso (2) de la noche anterior.

(1) Barrio judío.

(2) Histórico.

Recordaba lo ocurrido, y un temblor nervioso sacudía como una descarga eléctrica sus miembros. ¡Qué horrible cuadro! Ella, al abandonar su patria para dedicar sus cuidados al herido, iba guiada por ese afán de

(1) Dios solo es grande.

prodigar un alivio a la Humanidad doliente, de sacrificar todos sus ideales sobre el altar del Bien. Mas, ¿cómo imaginar que sus dolores llegarían a tal grado?

Entornaba Claudia sus ojos oscuros y veía aquella orgía. Bella era la mora Zama, ataviada con sus mejores galas; risueño era su semblante, y sus catorce abriles triunfaban a través del espeso velo que le tapaba medio rostro.

Al terminar la ceremonia de la boda, los hombres se apartaron, poseídos de una alegría semisalvaje.

Claudia, obligada por su tirano, les miraba en silencio, absorta, horrorizada.

En aquel momento, una mujer mora pasó en medio de ellos. En turbulenta algarabía la rodearon, y ávidos de fuertes placeres, fueron estrechando uno a uno entre sus brazos el cuerpo moreno y lánguido de la pobre infeliz.

Tapado el rostro, sólo los ojos, negros y con destellos de fiebre, que-

El alba iluminó el cuerpo inerte de Alí.

daban visibles, en los que se pintaba una expresión trágica de repulsión y miedo...

Sólo Alí, el más joven, un adolescente casi, permanecía alejado, como temeroso del momento que debía caerle en suerte... Y por fin... fué... Un quejido doloroso salió de los labios de la bella desconocida, con una frase de espanto:

—No, horror... ¡tú, no!

—¡Gallina!—gritó un moro con acento salvaje—. Tú no ser farruco, no atreverte con la mujer...

—Ahora verás si soy, tú.

Y estrechando fieramente en abrazo de tigre a la mora, la besó delirante hasta desvanecerse...

Hubo un silencio. La tapada acababa de alzar su velo espeso que le cubría el rostro...

Alí retrocedió. Un rugido salió de su pecho y cayó al suelo, murmurando con desesperación, entre congostas de dolor:

—Es mi madre... ¡Madre!

* * *

El mismo se había estrangulado.

* * *

Claudia replegábase cada vez más en su espíritu, sintiendo, a medida que los días transcurrían, más tangible la nostalgia de España. Pensaba en la patria, tan castigada siempre, y ahora más que nunca querida en el recuerdo.

El caid no perdonaba momento para estar cerca de ella.

Claudia seguía inflexible.

—¡Mátame!—repetía a cada insinuación—. Pero, ¿por qué no me matas de una vez?

—¡Cobarde!—se atrevió a decirle un día.

Mas él, lejos de enfurecerse, caía de hinojos en demanda de perdón y un poco de cariño. ¿Qué no hubiera dado para vencer aquella voluntad?

Es la ley de la vida, acaso para que ésta nos sea doblemente amarga, tener que caminar siempre en pos de un anhelo imposible, y al realizarse, la mayoría de las veces pierde el elevado coste que nos habíamos forjado imaginativamente, y redúcese a una insignificancia su valer.

Apartada del aletear de la civilización, Claudia se veía entre las paredes de su cerebro, donde las ideas chocaban rudamente. El concepto, a fuerza de ser emitido, se hacía interrogante, y la opinión propia se desintegraba poco a poco de la supuesta verdad que rige o guía a los pueblos a través del tamiz acomodaticio

de sus gobernantes. ¡Y era un tormento más!

Divagaba largamente; pretendía concretar su pensamiento; a cada pregunta interior esforzábese en hallar una contestación plausible.

¡Qué bello es el espíritu siempre libre, analizador implacable de las frases hechas, fuego fatuo que se desplaza y metamorfosea constantemente, sin ligaduras de conveniencias ni de imposiciones.

Claudia hubiera querido gritar a su amada España: “¡Detente, patria mía! ¡La civilización que a Marruecos traes con las armas se volverá contra ti en armas!”

Un día esplendoroso de primavera, Mahomed entró muy alegre en el aposento de Claudia.

—¿Tú querer oro, cristiana? Toma, toma.

Y por sus dedos sarmentosos deslizóse una cascada rutilante de monedas.

—Darte Mahomed oro, cristiana—insistió.

Claudia Sanchidrián, con gesto de desprecio, apartó los áureos discos.

—No comprender Mahomed. ¡Cristianas todas querer oro!

—Dame la libertad y guárdate tus riquezas—suplicó Claudia.

—Oro de libertad. Moros dar libertad españoles por oro.

—¿Y a mí? ¿Por qué no me libertas?

—Tú valer más que todo el oro del mundo. Tú ser de Mahomed—añadió convencido.

—Morir antes—gritó Claudia con horror.

Y se echó a llorar desconsoladamente.

El moro se acercó a ella conmovido. En la estancia silente las lágrimas de la mártir refluían adentro para gotear sobre el corazón, acongojado. Tan sólo el roce imperceptible de los escarpines en la alfombra de Esmirna marcaba minutos de angustia en el ambiente preñado de misterio. El atardecer en fiesta primaveral daba brochazos inverosímiles de colorido cambiante en el lienzo de la atmósfera que abarcaba. Vuelos los ojos hacia el firmamento, próximo a

arrojarse en tinieblas con pedrería rutilante de estrellas, Claudia iniciaba una plegaria. Y la sombra de Mahomed se proyectaba, agigantándose, hasta envolver en una amenaza a Claudia. Y la noche se cernía en su alma. La emoción reflejábese en los ojos del moro; hizo un esfuerzo, y por un momento se veló su mirar penetrante. Su mano rugosa, guiada por una pasajera compasión, acarició torpemente el interesante rostro de la cristiana, que al inesperado contacto se irguió violenta, movida por irremediable aversión.

—¡Atrás, miserable! ¡Fuera de aquí, malvado!—increpó voluntariosa.

Mahomed, el descendiente de los *imanes*, salió despacio de la estancia, obedeciendo como un niño.

* *

Un año fué pasado en reñida lucha, día tras día más violenta, entre Claudia Sanchidrián y su cortejador.

Malas noticias llegaban hasta la enfermera, que ya comenzaba a comprender el árabe vulgar. El abandono de Xexauen, los sangrientos episodios de la retirada, vulnerizaban su inquebrantable fe de verse libre de su pro-

longado cautiverio. Y después, al año siguiente, la llegada de nuevos prisioneros, franceses ahora, deprimía su ánimo, tan fuerte antes.

Sabía que el Rif ardía en hoguera que amenazaba destruir los últimos vestigios de civilización de España y Francia. Cada día una tribu lejana se sumaba a la rebelión. Has-

ta sus oídos de mujer desalentada, ausentes sus ojos del sueño, llegaban en la noche la voz grave de los cañones que vomitaban metralla sobre el Peñón de Alhucemas.

Los sarcasmos de su tirano ante cada victoria herían cruelmente sus sentimientos de mujer y cristiana.

Y Claudia, aquella mujer valerosa que había ofrendado su juventud a la caridad, meditaba honradamente sobre el tema de la guerra, llegando a establecer una corriente espiritual, vinculada con el general sentir de todos los españoles que piensan bien.

La esperanza de una liberación la alentó un día, cuando mil bocas in-

fernales arrasaron desde el mar las huertas de Axdir. Se acercaban los infantes de España, protegidos por las Marinas combinadas de Francia e Hispania; pero fué una ilusión más, que bien pronto se desvaneció.

Tantas alternativas, su grave dolor moral, en defensa constante de su virtud y su honor, quebrantaron su raza fuerte de norteña. Aletargado el ideal de su fe y patriotismo, Claudia vivía como un autómatas, empobrecida su mente, insensibilizado su corazón.

Sólo una idea a intervalos iluminaba su cerebro:

¡¡¡ Morir!!

* * *

Una mañana, Mahomed instó a su prisionera a que le siguiera.

Ella, la pobre desterrada, la cautiva que con estoica resignación sufría aquel martirio, obedecióle, fija la mirada de odio en él.

Largo trecho duró la caminata. Penetraron en un *hammam* (1) convertido en calabozo, y cuyos huecos de luz habían sido cuidadosamente obstruidos por rocas. Tan sólo entraba de vez en vez un tenue rayo de sol

(1) Baño subterráneo, vestigio de una civilización fenecida, que muy rara vez se encuentra en Marruecos.

por los intersticios de las piedras mal ajustadas.

—Ya estar llegados... Mira tú, mi bella—dijo con voz sarcástica.

Un gemido salió de un rincón, del más oscuro de la gruta.

—¡ Jesús mío me valga!—exclamó, con un soplo de voz, Claudia, retrocediendo.

El cuadro que el caid presentaba era una evocación de los mártires de la Historia. Un hombre, afeitadas por completo la cabeza y las pestañas, agonizaba en la penumbra húmeda, infecta, de la cueva, sujeto por fuertes cadenas.

—Infame—increpó en ademán amenazador al caid.

—Tú poder salvarlo... El ser cristiano.

Y acercándose a su oído dijo un nombre.

* * *

La salud de la inflexible norteña habíase resentido de manera alarmante ante pruebas tan crueles.

Por fin aquella mañana parecía Claudia accesible a los deseos del tirano.

—Sálvale—había dicho en un momento de delirio—, libérra a aquel hombre, por humanidad...

—¿Y tú?—interrumpió, loco de amor, estrechándola contra su pe-

cho—¿Cómo? ¿El?...

—Sí, ser él—dijo lacónicamente el moro.

cho—. Tú ser mía siempre... siempre...

Claudia bajó los ojos, y con firme acento articuló:

—Sí, tuya... Y como premio a mi sacrificio te exijo el rescate de ese hombre.

—Por Alá, por la cristiana, Mahomed libérra prisionero. Yo pedir el amán.

* * *

Tres días hacía que Claudia San-chidrián no abandonaba su aposento. Recostada en suntuoso diván, su cabeza hundíase en los cojines de seda de Oriente. Una joven mora de mirada penetrante y dulce voz velaba a la enferma sin separarse un instante de su lado.

Mucho había cambiado Claudia en aquellos tres días de martirio, que procuraba alargar por medio de promesas hasta la consumación de su sacrificio. Sus ojos, brillantes por la fiebre, despedían destellos siniestros.

como si una pesadilla tenaz la poseyese. Tendía de vez en cuando sus brazos, pretendiendo alejar una sombra, una quimera que en la fantasía de su espantoso delirio creía sentir que la abrazaba.

—No, no, jamás. Es un sacrificio imposible... ¡ Dios mío, madre, dadme valor!...

Mahomed visitaba a la cristiana; pero como si una fuerza inexplicable le paralizara, se quedaba inmóvil ante ella, de rodillas.

Claudia, horrorizada, cerraba entonces los ojos en actitud de mártir resignada, y él, al ver aquella resignación sublime, alejábase pensando:

—Es bella como lucero de la noche; buena, estar muy enferma; Mahomed cuidarla.

Claudia abría los ojos al encontrarse sola, y recobraba unos momentos su perdida tranquilidad, la esperanza de que tal vez llegaría un momento feliz de libertad. Mas pasaban las horas lentas, y su mente volvía de nuevo a enloquecer, y su corto sueño poblábase de pesadillas, que poco a poco aniquilaban su organismo.

—Dame agua; Zobeida, dame agua, que me asfixia la fiebre—dijo fijando en la esclava los ojos con cariño.

Zobeida humedeció los labios calenturientos de la española.

—¿Querer tú más?—preguntó dulcemente.

—Sí; escúchame, Zobeida—prosiguió la enferma pegando casi su boca al oído de la mora—. Tú eres muy buena, tú quererme, ¿verdad?

—Pide a Zobeida qué quieres; ordena, cristiana; Zobeida te obedecerá.

—Pues bien: obedéceme pronto. Dame aquel frasquito—dijo señalando un taburete colocado en un ángulo del aposento. Allí, en mi estuche; tráelo pronto—. Y, febril, apretó convulsa las manos de la esclava.

Apresuróse ésta a cumplir las órdenes de Claudia, entregándole la belladona que pedía, aquel calmante que tantas veces en su vida de enfermera había empleado para mitigar los dolores ajenos.

Sus manos tomaron con avidez el frasco, y sin mirarlo, como el herido agonizante al que sus manos habían ofrecido el agua bienhechora, así absorbió el líquido hasta la última gota.

Media hora más tarde el veneno ingerido había hecho su efecto, y la mujer de voluntad, de alma abnegada, moría presa de horribles convulsiones. En un gesto postrero ofrecía a su Dios su fe.

* * *

—¡Cristiana, cristiana, tú ser mía; háblame, mírame! ¡Yo te daré la libertad; pero mírame!

Y Mahomed, de rodillas, acariciaba con transportes de delirio aquellas

manos frías, que ya no le hacían resistencia.

¡Ya Claudia no le oía! ¡Sonreía en la placidez de la muerte!

Margarita Astray Reguera

El jueves próximo aparecerá en

LOS CONTEMPORANEOS

una preciosa novela cuyo título es

ERA CASO DE CONCIENCIA

POR J. M. AGUADO DE LA LOMA

No deje usted de comprar el jueves

LOS CONTEMPORANEOS

PARA BUENOS IMPRESOS
—: Y SELLOS CAUCHO :—

Manuel López Ortega (hijos)

Recomienda, 20 duplicado

MADRID

Gran rapidez

Fundición diaria



LEA USTED

Alrededor del Mundo

40 céntimos

La dirección advierte a los señores colaboradores espontáneos que, agradeciendo mucho la deferencia que para esta publicación representa el envío de sus originales, no mantendrá correspondencia acerca de ellos ni publicará otros trabajos que los solicitados expresamente.

ESTÓMAGO ENFERMOS

Desahuciados de los médicos, sometidos sin resultado a innumerables tratamientos, no dejéis de probar, aun sólo por vía de ensayo, los **POLVOS DEL DR. JULIUS MERC.** Os curaréis radicalmente. Recétanlo eminencias médicas. ¡¡Millares de curaciones!! Seis pesetas frasco, MADRID, Gayoso; E. Durán; Pérez Martín; Henar Garrido.—BARCELONA, Segalá; Váuda Alsina.—ZARAGOZA, Jordán.—VALENCIA, Cuesta; Goróstegui.—MURCIA, Selquer.—ALICANTE, Aznar.—GRANADA, Ocaña.—MALAGA, F. Saval; Moris.—MALLORCA, Centro Farmacéutico. Principales farmacias y Centros Específicos de España y Américas. Para convencimiento éxito remite muestra gratis, Ponsarxer, Apartado 481, Barcelona. — Frasco certificado, siete pesetas.

Biblioteca Novelesco-Científica

TRES NOVELAS NUEVAS CADA AÑO DEL
"CORONEL IGNOTUS"
del gran novelista y americanófilo cantor de
nuestra raza

tendida del Pirineo a los Andes

Éxitos desconocidos

75 volúmenes en cuatro años.

OBRAS PUBLICADAS

Ilustradas, Mucha lectura, Emoción,
Fantasía, Interés, Aménísima cultura, Patriotismo, Moralidad.

- | | |
|-------------------------------|-------------------------------|
| I.—De los Andes al Cielo. | VII.—Los Vengadores |
| II.—Del Océano a Venus. | VIII.—Policía telegráfica. |
| III.—El Mundo Venusiano. | IX.—Los modernos prometeos. |
| IV.—Mundo-Luz. | X.—Los Naufragos del Glacial. |
| V.—El Mundo Bombra. | XI.—Ana Battori. |
| VI.—El amor en el siglo cien. | XII.—El Guardián de la Paz. |

I a X: 4 pesetas. XI y XII: 3 pesetas

OTRO ÉXITO DE IGNOTUS

Modernas brujerías de la Ciencia.—8 pesetas

A los lectores de este periódico que las pidan a la Administración de este periódico, Martín de los Heros, 85, les serán servidas estas obras en España o en América.

Compre Vd.

el próximo número de

LOS CONTEMPORANEOS

Suscripción y venta de Alrededor del Mundo y Los Contemporáneos en Barcelona

CENTRAL REPARTIDORA DE DIARIOS, REVISTAS Y LIBROS

Ciegos Boquería, 4, tda. 2.^a

Imprenta Zoila Ascasbar

Martin de los Heros, 65.—MADRID

Se hacen toda clase de

impresos de lujo y corrientes a precios económicos.



BOCA sana
DIENTES nacarados y fuertes
ALIENTO perfumado
CORRES HERMANOS
BARCELONA

**AGENTES
DE PUBLICIDAD**

Se desean en
Madrid y
provincias.

Escribid

Apartado de
Correos 8.027
MADRID

MONTANO

Pianos de esta incomparable marca.
Reparaciones, cambios.
Servicio especial para el traslado
de pianos.
Calle de San Bernardino, 3, Madrid.

Juventud perpetua

Cutis velutado
Escote ebúrneo
Manos y brazos mórbridos



se logran con los

PRODUCTOS

PECA-CURA

Crema-Polvos-Jabón
Loción para el pelo

Agua de Colonia

Agua Cutánea

Masaje Facial

de perfume elegante, fino y per-
sistente.

CORTÉS HERMANOS. Barcelona.



Lea usted todos los sábados

Alrededor del Mundo



Agua RADIL

MARAVILLOSA TINTURA PARA EL PELO

Con una sola aplicación se logran
matices naturales y permanentes.

CORTES HERMANOS

BARCELONA

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

COMPANIA TRASATLANTICA

SERVICIOS DIRECTOS

Línea a Cuba-Méjico

Servicio mensual saliendo de Bilbao el día 16, de Santander el 19, de Gijón el 20, de Coruña el 21 para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña, Gijón y Santander.

Línea a Puerto Rico, Cuba, Venezuela-Colombia y Pacífico

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 10, de Valencia el 11, de Málaga el 13 y de Cádiz el 15, para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, La Guayra, Puerto Cabello, Curaçao, Sabañilla, Colón, y por el Canal de Panamá para Guayaquil, Callao, Mollendo, Arica, Iquique, Antofagasta y Valparaíso.

Línea a Filipinas y puertos de China y Japón

Siete expediciones al año saliendo los buques de Coruña para Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port Said, Suez, Colombo, Singapore, Manila, Hong-Kong, Shanghai, Nagasaki, Kobe y Yokohama.

Línea a la Argentina

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

Coincidiendo con la salida de dicho vapor, llega a Cádiz otro que sale de Bilbao y Santander el día último de cada mes, de Coruña el día 1, de Villagarcía el 2 y de Vigo el 3, con pasaje y carga para la Argentina.

Línea a New-York, Cuba y Méjico

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 25, de Valencia el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30 para New-York, Habana y Veracruz.

Línea a Fernando Póo

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 15 para Valencia, Alicante, Cádiz, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, demás escalas intermedias y Fernando Póo.

Este servicio tiene enlace en Cádiz con otro vapor de la Compañía que admite carga y pasaje de los puertos del Norte y Noroeste de España para todos los de escala de esta línea.

AVISOS IMPORTANTES

Rebajas a familias y en pasajes de ida y vuelta.—Precios convencionales por camarotes especiales.—Los vapores tienen instalada la telegrafía sin hilos y aparatos para señales submarinas, estando dotados de los más modernos adelantos, tanto para la seguridad de los viajeros como para su confort y agrado.—Todos los vapores tienen médico y Capellán.

Las comodidades y trato de que disfruta el pasaje de tercera, se mantienen a la altura tradicional de la Compañía.

Rebajas en los fletes de exportación.—La Compañía hace rebajas de 30 por 100 en los fletes de determinados artículos, de acuerdo con las vigentes disposiciones para el Servicio de Comunicaciones Marítimas.

SERVICIOS COMBINADOS

Esta Compañía tiene establecida una red de servicios combinados para los principales puertos, servidos por líneas regulares, que le permite admitir pasajeros y carga para:

Liverpool y puertos del Mar Báltico y Mar del Norte.—Zanzibar, Mozambique y Capetown.—Puertos del Asia Menor, Golfo Pérsico, India, Sumatra, Java y Cochinchina.—Australia y Nueva Zelandia.—Ilo Ilo, Cebú, Port Arthur y Vladivostok.—New Orleans, Savannah, Charleston, Georgetown, Baltimore, Filadelfia, Boston, Quebec y Montreal.—Puertos de América Central y Norte América en el Pacífico, de Panamá a San Francisco de California.—Punta Arenas, Coronel y Valparaíso por el Estrecho de Magallanes.

SERVICIOS COMERCIALES

La Sección que para estos servicios tiene establecida la Compañía, se encargará del transporte y exhibición en Ultramar de los Muestrarios que le sean entregados a dicho objeto y de la colocación de los artículos, cuya venta, como ensayo, desean hacer los exportadores.

Los Contemporaneos

30 cts

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

J. M. AGUADO DE LA LOMA

ERA CASO DE CONCIENCIA



J. URIZAR I.
MADRID

880